

Si al sujeto se le somete a una emoción pura, como el dolor, todos sus movimientos, desde los más nimios hasta los relevantes, estarán traspasados de dolor, otorgándose una estética al conjunto, de gran efecto, como veremos después, en los espectadores. Esa estética se convierte también en ética cuando la aplicamos a todas las posibles relaciones que el sujeto establece con otros, puesto que la coreografía completa y su interacción con los espectadores en una suerte de microsociedad. Un ejemplo ritualizado de esta situación lo encontramos en la, en ocasiones, extravagante puesta en escena del momento del vía crucis. Bajo una ética del dolor se construye una estética que potencie las sensaciones profundas que causa el rito. Los espectadores, habida cuenta de su propia concepción como sujeto doliente, encuentran un espejo que les sobrecoge.

Estas consideraciones resultan pertinentes al afrontar una lectura compleja de la obra de Verónica Martínez...